

## — LA INFANCIA —

Nunca me llamó Dios por el camino del peripetismo; pero al ser invitado por el señor Director de EL ESCOLAR y estar destinadas las columnas de este periódico a educar e instruir a los niños, no he podido negarle mi pobre inteligencia; que desde este momento pongo a su disposición para todo cuanto réndude en beneficio de la infancia. Por ello podréis comprender que no pretendo lucir mis dotes intelectuales, sino cooperar a la ilustración de la niñez.

Y hechas estas advertencias me pregunto: ¿De qué os hablaré yo? ¡Ah, sí! de la relación que guardan las Estaciones del año, en particular la Primavera, con la vida del hombre.

Las Estaciones del año, todos sabéis que son cuatro: Primavera, Estío o Verano, Otoño e Invierno. Pues bien: a semejanza de estas Estaciones, la vida del hombre también está dividida en cuatro períodos que son: Edad de la infancia o Primavera del hombre; Edad Adulta, Madura y Avanzada.

En la Primavera nacen los vegetales, el campo se cubre con su manto verduoso de yerbas y flores; los insectos vuelven a la vida después del letargo en que han estado sumidos durante el invierno y todo en el Universo encierra alegría durante esta Estación.

La Primavera de la vida del hombre, comprende hasta los siete años; pero yo (y permítidme la ampliación) amplio esta edad hasta los doce años, en que ya el niño va dedicándose a emprender una carrera o aprender algún oficio con que más tarde ha de ganarse el sustento, y para formar una familia que comparta con él sus alegrías y mitigue sus penas en los días de adversidad.

En la Primavera de la vida, al igual que en la del año, todo es alegría. En la edad adulta, símbolo del verano, también es alegría y hermosura; aunque alguna vez se ve rodeada de disgustos y adversidades, dulcificados por el resplandor aparente que les dan las pasiones y vicios que los enemigos de nuestra alma ponen a nuestro alcance para obligarnos a abandonar lo que aprendimos en la infancia y seguimos practicando en esta edad, que termina cuando el hombre ha llegado a los treinta o cuarenta años, en que principia la edad madura.

Todos habréis observado que al llegar el Otoño los árboles empiezan a perder sus hojas, los campos van perdiendo el verdor y hermosura que en otros tiempos (en la primavera) fueron recreo de nuestros sentidos; pues a imitación suya, el hombre al dar comienzo a su edad madura, también pierde paulatinamente todo cuanto conserva de su juventud (ilusiones, diversiones, recreos etc.)

Y dicho todo esto, sólo nos resta pasar a una ojeada,

aunque ligera, al último período de vida que le queda al hombre: la vejez o senectud.

Si pusiéramos sobre la mesa, dos hojas de papel impresas — en una todas las acciones del niño y en otra las del anciano — veríamos claramente que estas serían contrarias a aquellas.

En la primera, todo alegría, mientras en la segunda todo lo encontraríamos triste; en aquella todo bromas, en esta todo meditación, amargura; en aquella todo vanidad; en esta todo pasa casi insensible. Y todo esto: ¿por qué? Porque en la infancia nadie nos acordamos de que ha de llegar un día, más próximo o más lejano, en que hemos de rendir el tributo a la muerte; y en la senectud, se nos presenta ante nuestra vista el horroroso día de las alabanzas (el día de nuestro fallecimiento) y el día en que daremos cuenta al Ser Supremo de todas nuestras obras.

Escritas estas mal hilvanadas letras, sólo me resta aconsejaros, que vosotros, que sois los niños de hoy pero los hombres del mañana, debéis corresponder, en la medida que vuestras fuerzas lo permitan, al impropio trabajo que nos imponemos (los Maestros) al educaros e instruirnos, para ser útiles a nuestra querida España, que siempre lo ha necesitado, pero más en los momentos actuales.

**Lorenzo Melero Lerín**

Director del Colegio Conquense



### EL PRIMER PASEO

## La electricidad

Marchábamos una de estas tardes de otoño, en que el Sol nos presta un calor más propio de estío que de esta estación, a través del campo contemplando la obra sublime de la naturaleza, cuando mi compañero de paseo mirando los hilos que conducen la energía eléctrica a las fábricas de madera, dijo al Maestro:

—¿Es verdad que por estos hilos se comunican los hombres, aun a largas distancias, escribiendo y hablando?

—Sí, Enrique, es cierto. Y ya que has encauzado de esa forma la lección de hoy, voy a explicaros cómo se verifica tal fenómeno; pero antes es preciso conocéals el origen, el fundamento de ello, esto es, la electricidad.

—¿La electricidad?—contestamos todos asombrados.

—Sí, queridos, sí, La electricidad que se desarrolla en los cuerpos por efecto de la condensación, o, por el contrario, de la dilatación de un fluido, llamado éter, que hay en ellos; teniendo en cuenta que, en el primer caso, aparece el cuerpo electrizado por exceso o *positivamente*, y en el segundo,